

La Palma.

SEMENARIO DE HISTORIA Y LITERATURA.

DOMINGO 18 DE OCTUBRE DE 1840.

LA CASITA DE RANDA.

III.

Algunos meses despues, reinaba en la isla una tranquilidad completa. D. Francisco de Erill, venido de Italia con numerosas fuerzas de infantería y caballería, habia derrotado completamente á los rebeldes, y muchos de ellos colgados de los árboles en los caminos de Inca, Pollensa y Lluçmayor, atestiguaban los justos y ejemplares castigos con que el gobernador vengaba los pasados desmanes. La paz y la quietud habian renacido, y todo el mundo bendecía al cielo por haber hecho cesar unos males que á todos alcanzaban.

— Estás triste, Blas? preguntaba una muger sentada á la puerta de su cabaña, y fijando con muestras del mayor interes la vista en un hombre de unos 32 años, que enfrente de ella parecia absorto en las mas profunda meditacion. Qué tienes?

— Nada, Ines. No tengo nada.

— Oh sí! Tú me ocultas algun pesar, y haces mal, Blas mio. Yo te quiero tanto! ¿Temes acaso entristecerme, haciéndome sabedora de tu afliccion? Si es por este motivo, tu generosidad de nada sirve, porque cuando tu lloras, yo lloro; y aun sin saber la causa me entristezco

cuando tú estas triste, y rio cuando te ries. Mira, Blas; al verte en ese estado quisiera ser yo la causa de tu afliccion, porque entónces estaria en mi mano el remediarla, y lo haria, sí, aunque para ello fuera preciso darte mi sangre.

— Pero, Ines, si no tengo nada; nada absolutamente. Te alarmas porque me ves pensativo: ¿no sabes que es mi carácter?

— No Blas, no. Es verdad que siempre te he conocido melancólico, pero ahora mas que nunca. Desde la noche en que prendieron al conde de Vallpina, se ha aumentado tanto esa tristeza que llega á ponerme en cuidado. Acuérdate de aquella noche Blas: cuando tú llegaste acababa n de llevarse al infeliz conde. Tú saliste inmediatamente al darte yo esta noticia sin hacer caso de mis voces, y al volver al siguiente dia, tu rostro estaba pálido, y en tus mejillas se mostraba la huella de tus lágrimas. Ese conde de Vallpina te interesa mucho segun veo.

— Calla, Ines, calla.....

— Oh! no. Yo quiero saber por que padeces, mi Blas. ¿Me he mostrado acaso indigna de tu amor y de tu confianza, que no puedas descubrirme este misterio que te aflige? Habla, bien mio; yo te consolaré, yo lloraré contigo, y á fuerza de amor y de interes acaso consiga disminuir esa negra melancolía que te atormenta y que me hace desgraciada.

Y esto diciendo, la hermosa habia echado los brazos al cielo de Blas, quien la contemplaba con ternura y tristeza al mismo tiempo,

procurando, pero en vano, sonreírse para calmar su inquietud.

— Ángel...! murmuró al cabo de un rato, besándola cariñoso en la frente.

Siguióse un instante de silencio á este movimiento de ternura. El corazón de Blas pareció esplayarse y sus ideas tomar otro giro. Eran siempre tristes, pero había en ellas ménos amargura, y ya entónces parecían dirigirse únicamente á la hermosa que junto á él estaba. Esta que se le había quedado mirando atentamente rompió la primera el silencio, exclamando de pronto:

— Di, Blas ¿me amas?

— Sí te amo!... Y la apretó fuertemente contra su corazón.

— Pues bien, dijo ella satisfecha. Ya que hemos hablado de ese conde de Vallpina, quiero referirte lo que con él...

— Lo sé todo, dijo Blas interrumpiéndola. Sé que te ama, y que te ha hecho frecuentes visitas desde la derrota de los rebeldes.

— Cómo! sabias...?

— Y tú me lo callabas, Ines? ¿Cuándo he desmerecido tu confianza?

— Oh! nunca, Blas, nunca. Pero mis labios no acertaban á decírtelo, ni á turbar acaso la paz de tu corazón, aunque el mio...

— No es culpable; lo sé, repuso Blas, haciéndola sentar sobre sus rodillas. Sí, sé que me amas y que nunca mi remotamente ha cabido en ti un pensamiento que pudiera ofenderme. Conozco tu corazón, Ines mia, y sé que es bello, sé que es el corazón de un ángel.

Y esto diciendo con una mano oprimía suavemente su cintura, mientras que con la otra apretaba el rostro de la tierna Ines contra su pecho, deslizado sus labios por su hermosísima cabellera.

— ¡El cruel! repuso tras breve pausa. ¡El cruel quería arrebatarme también esta felicidad.....! mi Ines....! el único bien que el cielo me ha concedido en este mundo...! Oh! no: no lo conseguirá porque tu me amas mucho. ¿No es verdad, Ines, que me amas?

— Y quién no te amaría? exclamó esta fuera de sí de amor y de reconocimiento. ¡Tan bueno, tan tierno, tan cariñoso....!

— Y tan desgraciado! interrumpió Blas tristemente. Ines calló.

— Sí, prosiguió Blas; muy desgraciado! No sabes, Ines mia, no puedes imaginar nunca el mal que me ha hecho el conde de Vallpina.

— El conde de Vallpina!

— Sí, el conde de Vallpina. Oh! he sufrido mucho. El pobre Blas ha apurado la amargura desde sus primeros años, y sin ti, serafín hermoso que el cielo me deparó para endulzarla, sin ti Blas no existiría ya.

— El conde de Vallpina! repitió Ines asombrada hasta el extremo.

— Un día lo sabrás todo. Ahora que te amá...

— Oh! yo le aborrezco, le detesto con toda mi alma.

— Bien: pero guárdate de decírselo. Él es poderoso, y nosotros.... nosotros somos pobres.

— Mi Blas!

Y reclinó la cabeza sobre el pecho de su compañero. Un triste silencio reinó por un minuto en la cabaña.

— Adios! dijo Blas levantándose de repente.

— Te vas?

— Sí, es fuerza que me llegue á Lluçmayor. Te he de dar de comer mañana, y no tengo más que mi trabajo.

Abrazóle Ines con efusión, y Blas se alejó deponiendo ántes un beso en los labios de su hermosa compañera. Quedósele esta mirando tristemente hasta que le hubo perdido de vista, y luego como despertando de un profundo letargo «¡El conde de Vallpina!» murmuró, y entróse pensativa en la cabaña.

La noche había cerrado ya, cuando cinco hombres se apeaban de sus caballos á una distancia como de cien pasos de la misma casita.

— Aquí me esperaréis, dijo uno de ellos, y si os llamare volad inmediatamente en mi ayuda.

— Pero, señor....

— Basta de reflexiones, Julian. Estoy determinado, y cueste lo que cueste esa muger será mia.

Encaminóse dicho esto á la cabaña, y sin llamar, puesto que la puerta estaba solo entornada, entró en ella.

— Vos aquí, señor conde! exclamó Ines.

Miróla el que había entrado, y bajó tristemente la cabeza. El tono de esta exclamación, que además de la sorpresa dejaba entrever una ligera expresión de disgusto, parecía haber deramado la hiel sobre su alma. Sentóse sin embargo al lado de Ines, y ambos permanecieron un momento silenciosos.

- Sí, yo soy, dijo por fin el conde. ¿No esperabas mi visita?

- Yo pensé....

- Qué, Ines? qué pensabas? que no volvería después de haberme tratado con tanta crueldad la última vez que nos vimos? Creíste acaso que mi pasión era un capricho que se desvanecería con decirme: Yo no os amo...! Cruel! esta palabra me atravesó el alma. No es un capricho lo que siento, no: es un amor fuerte y violento, es una llama que me consume, y que reducirá á cenizas mi pobre corazón.

Era triste, muy triste el acento del conde al pronunciar estas palabras. El bello corazón de Ines se sintió conmovido, y olvidó enteramente los sentimientos de odio que poco antes habían hecho nacer en él las últimas palabras de Blas.

- Señor, dijo, quiero creerlo; quiero persuadirme de que me amais efectivamente, pero.. y se detuvo de repente como temiendo lo que iba á decir.

- Acaba, exclamó el conde.

- No puedo corresponderos. Soy de otro.

- De otro! ¿Y quién es, quién el dichoso que me arrebató la existencia? ¿Dónde está? por qué se esconde?

- Oh! por Dios! Callad, callad.

- Que calle, Ines! que calle, cuando el corazón se rebela, y manda, y te pide á gritos, á ti y siempre á ti! Enmudezca él enhorabuena, y entonces podré callar; entonces te obedeceré.

- Mi tranquilidad, señor conde, mi tranquilidad os pido....

- Y la mía, Ines? y la mía, quién la ha arrebatado sino tú? ¿Yo era tan feliz antes! Ah! ¿por qué me diste asilo cuando me acosaban mis perseguidores? Tu compasión ha sido bien fatal para mí. ¿Te acuerdas de aquella noche, Ines? Pues bien aquella noche te amé; aquella noche

te vi hermosa, y mas hermoso aun me mostraste tu corazón: y cuando tus palabras llenas del mas vivo interés mentaban á los bandidos; cuán costoso me era entonces el no arrojarme á tus pies, y besártelos, y exclamar lleno de pasión y reconocimiento: «ángel, ángel... yo te adoro!»

- Señor!

- Y ahora...! ahora maldigo aquella noche, y maldigo á los bárbaros que no me quitaron la vida al encontrarme aquí, y maldigo tambien al ser que me libertó del suplicio.... Sí: execración sobre todos ellos! su piedad me ha hecho infeliz.

El conde hablaba con vehemencia. No era el lenguaje de un seductor el suyo: no; amaba de veras; amaba con el corazón, como se ama solo una vez en la vida, y sentía en su pecho uno de esos afectos que trazan el porvenir, que borran todas las sensaciones pasadas, y ocupan el corazón entero, y le arrasan y le aniquilan, imposibilitándole de todo otro sentimiento.

La pobre Ines conmovida profundamente, no se atrevía á articular palabra. El acento del conde, su rostro pálido, y el trastorno de sus movimientos la estremecían y apiadaban á un mismo tiempo, y su mirar turbado y azaroso, manifestaba bien á las claras la inquietud y el desasosiego que le causaba la soledad en que se veía.

- Ines, prosiguió el conde, después de contemplarla un rato con abatidos ojos. Ines, ¿y bien? nada te dice tu corazón?

- Mi corazón, señor.... y vaciló un momento. Mi corazón.... os estima... os compadece.

- Compasión! exclamó el de Vallpina. Compasión! cuán frío es el contacto de esta palabra en mi pecho! Nó; amor es lo que pido, amor quiero; tu compasión me mata. Amame, Ines, amame. No sabes cuanta felicidad encerrará ese afecto. No temas, mi bien, que quiera seducirte; un lazo sagrado nos unirá, y contigo la vida será el cielo. Yo te presentaré al mundo con orgullo y le diré: Vedla; no es una criatura, no; es un ángel, es el serafín de la felicidad, y este serafín es mio, exclusivamente mio; adoradle. Y

si el mundo fatuo y petulante te desdénara, y si al presentarte yo á él te volviese la espalda con desprecio, exclamando, «una aldcana!» Oh! entónces, Ines mia, nos pasaremos sin él; tú me bastas, hermosa.. El mundo!.. y qué es el mundo? una palabra vaga, una sombra que no puede tener realidad, un genio infame que sonrie satisfecho de los males que sus leyes despóticas causaron, y que en su egoismo ninguna recompensa ofrece á los que se han sacrificado en sus altares. Este es el mundo, pero yo no le quiero no: tu Ines, tu serás el mundo para mí.

- Dios mio! Dios mio! pronunció la triste en quien la emocion aumentaba por momentos.

- Sí, seremos felices, prosiguió el conde en la mayor exaltacion; muy felices! Yo te dedicaré mi existencia entera, y te pondré sobre mi corazon, y allí te adoraré! yo te sembraré de rosas el camino de la vida, y si alguna vez se te presentare áspero y fragoso, entónces mi amor y mis desvelos te tenderán una alfombra para que no te punzen sus espinas. Y te llamaré mia, y siempre mia, y nunca me cansaré de repetir esta palabra, porque ella hará sonreír mi alma, y será el eslabon que me una á la felicidad. Oh! cuanta dicha nos espera! Ven, Ines, ven.

Y esto diciendo, la apretaba fuertemente contra su pecho, y sus ojos la devoraban húmedos de ternura. Ines casi desfallecida apenas oponia una débil resistencia.

- Blas! Blas! murmuró confusamente.

- Blas! qué dices de Blas, amor mio? no hay ningún Blas aquí. Mírame, no me conoces? yo soy, yo; el único hombre que te ama de veras, porque como yo nadie te ama.... ¡Te quiero tanto! oh! si lo supieras! Mira, Ines: te quiero con toda el alma, te quiero mas que mi vida, mas que mi felicidad si esta pudiera ser sin ti... Lo oyes, Ines? por que callas? Habla, ángel mio, habla... Di que me amas tambien; di que amas al conde de Vallpina...

- Al conde de Vallpina! exclamó Ines: ¡al conde de Vallpina! y se estremeció de pronto. Este nombre recordando las últimas espresiones de Blas la habia sacado repentinamente de su

enagenamiento. - Nó, prosiguió, yo no le amo al conde de Vallpina.... no puedo amarle.... Huid, señor, huid! Y forcejaba por desasirse de sus brazos. El conde sorprendido de este brusco arrebató, se le habia quedado mirando con estupidez.

- Dejádme por Dios, dejádme.... Oh! no me hagais desgraciada á mí tambien.

- Ines...!

- Huid, señor, huid....

- Ines...! repitió el asombrado conde, mirándola de hito en hito, y sin acertar á comprender nada de lo que le pasaba. ¡Ines...! Y luego variando la espresion de su semblante y como volviendo en sí repentinamente; No me amas! exclamó. No puedes amarme..! Pues bien, yo sí: yo te amo, y no impunemente me habrás inspirado esta pasion que consume mi existencia. Te habia dado mi porvenir, habia puesto mi corazon á tus pies, y tú, ¡insensata! pudiendo sembrar de rosas el primero, y recoger y acariciar al segundo, te has complacido en ennegrecer al uno, y hollar y destruir al otro. Pues bien: sufre las consecuencias.... Huir, dices?... sí; huiré, pero tu vendrás conmigo. Juntos estaremos en todas partes, juntos pasaremos nuestra vida, y siempre, siempre á pesar tuyo oirás de mi boca estas palabras: Ines, Ines, yo te amo!

- Piedad, piedad! clamó la desventurada estremecida con las palabras del conde, y con el desórden que en su rostro se manifestaba.

- Nó, gritó este frenético. ¡Piedad y tú no la has tenido de mí! oh, nó: ven. Mi corazon, ese corazon altanero que no habia experimentado hasta ahora mas que impresiones débiles, ese corazon ha llorado, y ha llorado por ti de esas lágrimas que queman, que arrasan, y que cual el rayo esterilizan el sitio por do pasaron. Ven, ven...

Y esto diciendo, la habia cogido en brazos dirigiéndose á la puerta. La infeliz llorosa y angustiada oponia en vano sus gritos y sus débiles fuerzas á los arrebatos de su desatinado raptor, quien fuera de sí y con el rostro desencajado parecia no oír las súplicas ni los gritos de la desolada Ines.

- Mia, mia!... repitió por lo bajo con risa convulsiva.

Ajitóse de repente cual si un espectro acabase de pasar por su vista. Ines al contrario habia arrojado una exclamacion de gozo, y redoblaba sus esfuerzos para desprenderse de los brazos del conde. Un hombre habia aparecido en el dintel de la puerta, y allí inmóvil, y con los brazos cruzados, parecia contemplar aquella escena dolorosamente.

- Él!... siempre él...! gritó el de Vallpina loco de furor.

- Qué pretendes, hermano? dijo el recién llegado: ¿qué quieres de esa muger? El conde no le contestó sino rechazándole con violencia.

- Suelta á Ines, conde, suéltala, repitió Blas con voz alterada, oponiéndose á la marcha de su hermano.

- Soltarla! soltar mi vida!.. Paso, miserable, paso.

- Mi Ines, mi esposa!

- Mientes! exclamó el conde sacando su daga, y haciéndola relucir á los ojos de su hermano. Mientes! Esta muger es mia... solo mia...!

La desgraciada objeto de esta lucha tendía angustiosa los brazos á su esposo, y sus ojos le decian que la salvase. Pero cuando la daga brilló desnuda á su vista «¡Piedad! gritó estremecida, y echando el cuerpo adelante y alcanzando el cuello de Blas, estrechóselo fuertemente entre sus brazos como si con esta accion quisiera preservarle del golpe que temia.» Oh! dejadme, dejadme, maldito!... decía al de Vallpina, que nunca la soltaba: yo os aborrezco... os detesto... Blas, solo Blas es mi amado... Oh! soltad....!

Ofuscóse enteramente la razon del conde. «Le ama!» rugió, y su mano convulsa hizo un movimiento, y el infeliz Blas vino á dar en el suelo, pronunciando confusamente la palabra «hermano.»

Un chillido agudo resonó al mismo tiempo en la choza; y la desgraciada Ines abandonada de repente por los brazos del conde fué á caer sin sentido sobre el cuerpo de su esposo.

Silencio de pavor habia sucedido á ese grito. La casita pareció la mansion de la nada, y úni-

camente el viento que zumbaba triste por entre los árboles, llevando á ella su rumor sordo, hacia estremecer el corazon, que creia escuchar los lejanos y confusos pasos del crimen, alejándose satisfecho de sí mismo.

El conde habia quedado inmóvil y como clavado en el suelo. Contemplaba á su hermano desangrándose y le parecia estar bajo la influencia de una horrorosa pesadilla. La naturaleza habia llamado por fin á su corazon, y esa palabra «hermano!», esa reconvencion que envuelta en sangre habia llegado á sus oidos, resonaba espantosa en su pecho, cual suena el huracan en la caverna. Habiaselo caido la daga de las manos, y el color pálido, los labios convulsos, y el mirar imbecil, sentia un sudor frio correr por todos sus miembros, y una plancha de plomo pesaba sobre su cabeza. Faltábale la memoria de las cosas y de los hechos, y sus ideas vagaban aisladas por su mente sin orden y sin conexion, y confusas cual si las velara densa niebla. Su hermano moribundo, los beneficios que le debia, Ines, su amor, el sitio en que se hallaba, todo, todo era entónces incomprendible para él; pero sentía una pena en el corazon, y era una pena que lo estrujaba, y era una pena amarga, atroz, aniquiladora.

Estremecióse de pronto. Habia llevado una mano á su frente, y la humedad que en ella sintió le hizo volver en sí. Aquella mano estaba manchada con la sangre de su hermano.

- Fratricida...! exclamó arrojándose sobre el cuerpo de Blas, y aplicando sus labios á la herida, que despidiendo la sangre á borbotones le inmudó de ella todo el rostro. «Fratricida....!» No pudo decir mas.

Entraron en este momento sus criados atraídos por el ruido de esta escena, y cogiéndole dos de ellos en brazos le sacaron de la choza en medio del mas espantoso delirio, mientras los dos restantes cuidaban de dar todos los socorros posibles al infeliz y casi difunto Blas.

A. M.



El sitio de Bellver.

1545.

Del tiempo el barniz, oscuro
Aun no ha podido volver
El asperon blanco y duro,
Que forma el reciente muro
Del castillo de Bellver,

Y ya rudos sitiadores
Amenazan su ruina;
El son de los atambores
Se une en sus alrededores
Al clamor de la vocina;

Porque de Jaime el pendon
Sus almenas señorea,
Cuando Blasco de Alagon
Las enseñas de Aragon
En las de Palma cimbrea.

¿Quien es el alcaide allí,
Que fiel á su Rey, su voz
Defiende obstinado asi
Contra una hueste feroz?
Es Nicolas de Marí.

Para que entregue ó el castillo
Jurándole pleitesía,
O la garganta al cuchillo,
El enemigo caudillo
No le ha dado mas que un dia.

Y este dia vuela ya,
Y su Rey léjos está,
Que de los suyos vendido
Por el mar huyendo va
Del que imperio ha perdido.

Al volverse el cielo obscuro
Sus guerreros, su sosten,
Se descuelgan por el muro:
Y él? será tambien perjuro?
Será cobarde tambien?

Nó; que al ver en un celage
Del aurora el arrebol,
Asciende al alto homenaje,
Y tañendo un caracol
Grita lleno de corage:

Vosotros los de Aragon,
Que al rey Pedro defendeis,
Acercaos y entraréis,
Pero por la puerta, no.
Que la puerta está cerrada,
Y está calado el rastrillo,
Somos cuatro en el castillo,
Mas la llave tengo yo.

Subid máquinas de guerra,
Abrid si os place una brecha,
Bastará que sea estrecha,
Uno á uno entrar podreis:
Que os será leve embarazo
El mi cuerpo atravesado;
Cadáver pisoteado
Por encima pasaréis.

De rabia está su faz roja,
De rabia el suelo patea,
Y en su despecho y congoja
El fuerte brazo voltea;
Y la llave al patio arroja.

Mas recógela un soldado,
Y abrir osa al enemigo.
Y Marí desesperado;
Vese entónces mal su grado
De su desdicha testigo.

Y mira, y el puño lleva
Al hierro hundido en su vaina,
Como una bandera nueva
En el baluarte se eleva,
Y la de Jaime se amaina.

Y ya la amainan quizas,
Entre risas y alarido,
Para no alzarla jamas...
Oh! ¿por que el cielo ha cumplido
El temor de Nicolás? — T. A.

TEATRO.

EL PIRATA. *Opera de Bellini.*

¿Por qué había de darle la humorada al redactor de nuestro prospecto de ofrecer á los suscriptores artículos de teatro? ¿Olvidaba acaso en aquel momento que el primer deber de todo periodista es hablar la verdad desnuda, y que de hablarla, y mas en materia tan gravísimamente grave, fuera muy posible ver tronchada nuestra *Palma* ántes de echar sus primeros tallos? Con su ofrecimiento comprometió nuestra autoridad periodístico-filarmonica, que no podrá hallarse siempre acorde con toda la turba *dilettante*, y nos espuso á acarrearlos enemistades, colocándonos en un terreno tan difícil, que sirviendo de ancho campo para la amarga censura, apénas se descubre en él el mas limitado espacio donde pueda tener cabida el halagüeño encomio. ¿Qué se propuso V. al hacerlo, Sr. redactor prospectil? ¿Emplear la lisonja? Nó en mis días: no se diga jamas que han incurrido en semejante deslíz los redactores de la *Palma*. ¿Usar el language de la verdad?..... Es un deber: pero deber doloroso cuando tiene que cumplirse en negocios tan menguados, como lo es bajo todos conceptos el teatro de nuestra capital en 1840.—Ya está empero prometido, y no ha de ser que faltemos á nuestra palabra, cuando andamos á gatas todavía. Si comprendemos que somos algo duros, horrarémos la dureza, ó bien le aplicarémos sendos emolientes hasta que duela lo ménos posible: Si apesar de todo vemos que escuece, que hasta lastima, y que nada se mejora ni para el público ni para los cantantes, entónces.... ¿qué haremos entónces?.... Esto se lo averiguará el redactor del prospecto que en tamaño atolladero nos habrá metido.

Pero se nos pasa el tiempo, y nada hemos dicho todavía de la ópera últimamente cantada.... El Pirata.... ¿Dé cuántos encantos la sembró Bellini! Nueva en ideas, llena de galas, de

armonía, de sentimiento; mal puede desconocer en ella el ménos ducho los canoros acentos del autor de la *Norma* y de los *Puritanos*. Prolijo fuera por cierto enumerar las piezas que merecen ocupar un lugar de preferencia: al escoger la primera dudáramos en la eleccion, temerosos de ofender á las demas.

— ¿Y correspondió al mérito la egecucion? Sin advertirlo nos vamos encontrando en el compromiso; pero á fuer de imparciales debemos decir que nó. Es tanto mayor nuestro disgusto por ello, cuanto que apreciamos al Sr. director Gerli, que reconocemos en él un profesor y un buen cantante, y que con él nos hace simpatizar mas y mas su finura y su desgracia. Pero es imposible hablar otro language: el *Pirata* salió mal, y no podia suceder otra cosa si se consideran y analizan los componentes de la compañía. Prescindiendo del Sr. Zoni que en el difícil desempeño de la parte de Gualtiero nos dejó complacidos: y del Sr. Gerli que por lo muy bajo de la suya, singularmente en el *largo* del final, apénas pudimos percibir su canto: y del Sr. Morelli, cuya hermosa voz es lo único que se oye en la magnífica introduccion, en que tantas otras debieran ser oidas: y de las segundas partes: y de los coristas por fin, que van emigrando en detall y son substituidos por figuras de movimiento, por cantantes mudos, que solo reciben su paga para mover brazos y labios; llegamos á madama *Imogène*, á ese escollo empresarial, á ese tiple voluminoso, y tienen que acabarse las prescindiduras. Pero no, que hemos ofrecido dulcificar lo amargo de nuestros zurriagazos. y debemos cumplirlo: si asi no fuera, diriamos que no cantó la parte de *Imogène*, sino otra de cosecha propia: que en lugar de hacernos llorar, nos hizo reir: que creimos diferentes veces iba á arremeter á mordiscones con sus súbditos: que temimos le hubiera dado un acceso cerebral al abalanzarse á Gualtiero, cual si viniera disparada: y que estuvimos temiendo durante algunos instantes por la vida del pobre *pirata*, á quien al ver apretado por aquellos fornidos brazos, consideramos mil veces mas digno de compasion, que

cuando se hallaba entre los escollos en que le colocara la reciente borrasca. Pero callarémos todo esto, y mucho mas que aun nos quedaria que decir, y para no tropezar mas en tan tropezable tropezon concluirémos lamentándonos de las desgracias de la empresa, aconsejándola que se valga en adelante de mejores agentes para la contrata de primas donnas, y proponiéndole un proyecto.... ¿No fuera muy posible aumentar algun tanto la concurrencia al teatro, si el Sr. Gerli, de cuya egecucion en el piano se tienen muy ventajosas noticias, se decidiese á dar algunos conciertos? ¿No contribuiria tambien á ello el escoger óperas nuevas de fácil desempeño, en que la parte de soprano fuese la ménos difícil, y dejar de reproducir las que en otras épocas se han oido ya, mejor cantadas? Húyase de que los concurrentes puedan entrar en comparaciones: los resultados no pueden ser nada lisonjeros, pues por mas que se esfuercen aquellos en persuadirse del mérito de algunos de los cantantes, la ilusion desaparece con solo una irrupcion de las muchas con que se ve amenazado el público de parte de la que en *Parisina*, en *Ana*, en *Imogène*, solo atiende á lucir sus robustos pulmones, ó á suplir con *sotto voces* ridículos su falta de sentimiento. Créanos la empresa: y al paso que se acarreará honra y provecho, nos deleitará por medio del Sr. Gerli, y tendrá la satisfaccion de haber contribuido á conservar nuestros tímpanos, imponiendo todo el silencio posible á la mal aconsejada *Duquesa de Caldora*.

* *

CRISTÓBAL COLON Ó LAS GLORIAS ESPAÑOLAS.—EL PUÑAL: *dramas de D. A. Ribot.*

Si el autor, despues de haber puesto por título á su primer obra el nombre de un personaje cuyas navegaciones y descubrimientos nada pueden tener comun con un drama, quiso darnos en ella una galería de hombres célebres, ha conseguido sin duda su objeto, haciendo aparecer á mas del que llama protagonista, á entrámbos Reyes Católicos, al Gran Capitan, á Hernan Cortes que despacha tres toros entre

bastidores (miren el mocito! á los siete años!) aunque de tal modo presentados que poca gloria pueden dar á España, y ménos al Sr. Ribot. Colon es un hombre de bien, que enamorado de una moza asaz bachillera y desenfadada, viaja por hacer fortuna ó para distraerse, asi como Gonzalo no conquista á Granada sino para conquistar á una mora por quien suspira. No son mas conformes á la época los caractéres de invencion, porque felizmente no eran nuestros caballeros otros tantos Ojedas mas orgullosos y necios que un hidalgo de lugar, ni hipócritas y corruptores como el romántico Carvajal. ¿Y qué dirémos de los dos cortesanos, que aunque rivales se confian mutuamente de buenas á primeras su inocente travesura de matar cada cual uno de los dos reyes? ¿Y qué del secreto de la vuelta de Colon, que para nadie lo es sino para su amartelada dama? ¿Y qué de las seis viejas, y del sacristan y de la Gertrúdis que solo sale al teatro para asistir á sus exequias y á las del drama? Dudamos mucho que el autor para inspirarse tuviese que navegar los vastísimos mares de la América, ó subir al campanario de la catedral de Murcia, como dice entre algunas juiciosas observaciones en su prefacio, porque para escribir aquel drama no importa tener ante sí ningun cuadro sublime de la naturaleza, ni abierto ningun libro de historia.

Ménos aparato y pretensiones, pero mas arreglo en la trama, mas interes en los caractéres, y mas poesía en algunas escenas, encontramos en *El Puñal*, que puede pasar por un buen drama á los ojos de aquellos á quienes no disguste lo archi-romántico del título, y los sepulcros, verdugos y fantasmas. Verdad es que la tal fantasma se humaniza portentosamente, porque ocupa la escena del principio al fin, porque charla mas que *seis viejas*, y porque ántes de caer el telon, muchos, escepto el pobre conde de Osma, habrán tenido ocasion de desear que no lo sea. Q.

PALMA DE MALLORCA.

Imprenta nacional á cargo de D. Juan Guasp.